

preconciliars del catolicismo, que posan igualmente de "jóvenes renovadores" en países limítrofes, hubiera sido un tema atrayente aunque obligara a salirse del "hexágono" en el que tan férreamente parece atrincherarse el autor. Un sonado documento de la Iglesia Reformada de Francia, publicado inmediatamente después que este libro, en diciembre de 1971, hubiera sido en cierta medida, anticipable en este trabajo.

La predilección de los giscardianos por el "atlantismo", explicable por las solidaridades radicales de las clases dominantes a escala planetaria, no ha merecido el tratamiento por menorizado que la prensa del grupo nos parecería permitir.

La objetividad del autor parece, por momentos, impenetrable. Incluso la leve sonrisa de alguna ironía (pp. 46, 51-53, 182) no llega a permitir la captación concreta de postura alguna. Es, quizá, un mérito del autor, comparable al de otro discípulo de Duverger, Edmond Jouve, en su memorable y monumental tesis sobre *Le général de Gaulle et la construction de l'Europe* (París, ed. LGDJ, 1967, 2 tomos), de quien Duverger decía, algo quejoso, en el prólogo, que era un libro útil para los degolistas y para sus adversarios. Lo mismo cabría decir del trabajo de Colliard, útil para los giscardianos como para sus adversarios.

León Cortiñas-Peláez (Montevideo)
Maître-assistant associé
en la Universidad de París, I

CÓRDOVA, Arnaldo. *La formación del poder político en México*, México, Ediciones Era (Serie Popular), 1972, 99 pp.

Hasta la fecha, los estudios serios que se han realizado sobre el importante problema del poder en México y, por ende, del Estado, pueden contarse holgadamente con los dedos de una mano. Tal parece que en nuestros días nadie se ha interesado en verdad por el tema. Tanto sociólogos como politólogos —o politistas, como gustan de llamarlos algunos en España—, han desdeñado el ocuparse de él, o bien se han apegado en sus explicaciones a las trilladísimas que quieren ver en el Estado mexicano el producto de una revolución que transformó profundamente, globalmente, las estructuras sociales y económicas del país; por lo tanto estaríamos, según tal explicación, frente a unos gobiernos, los de la "gran familia revolucionaria", cuyos actos han sido, en mayor o menor medida, favorables a las grandes masas populares.

Tal simplificación proviene de que quienes se han ocupado del asunto se han contentado con verlo en la época cardenista o juzgando con gran compasión a los primeros regímenes de la revolución; pero también se debe a que con frecuencia los politólogos aficionados forman parte, en una u otra forma, de esa familia "revolucionaria", con lo que se constituyen en juez y parte.

Juzgando superficialmente la historia del México posrevolucionario hasta 1940, puede tenerse la impresión de que su explicación es aceptable; pero hurgando un poco en todo ese

complicado proceso y observando sus resultados actuales, vamos llegando a la conclusión de que esa revolución que escritores exmarxistas y políticos supuestamente avanzados han llegado a calificar no sólo de popular sino de socialista, ha sido en realidad un movimiento de tipo capitalista, conservador, tímido, sobre todo cuando se trata de sus relaciones con el imperialismo.

Tal desmistificación ha sido iniciada por Pablo González Casanova en su ya clásica *Democracia en México*; ahora le sigue una obra que ahonda en algunos de los puntos tocados en la anterior y pone sobre el tapete de la discusión otros nuevos y poco explorados.

En un pequeño y lúcido ensayo Arnaldo Córdova —investigador universitario, profesor en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales— emprende la tarea de estudiar el proceso de formación del poder político en México. Con frecuentes comparaciones con el periodo histórico inmediatamente anterior a la Revolución y con referencias a casos distintos del mexicano, nos va mostrando cuál ha sido el mecanismo que ha permitido la constitución y consolidación de un sistema político que, no obstante su originalidad, guarda grandes semejanzas con estos últimos y —lo que es más importante, dada la insistencia oficial en negarlo— con el mismo porfiriano.

Y es que, efectivamente, en por lo menos dos grandes temas relativos a la política mexicana, a saber, el gobierno fuerte y la estrategia del desarrollo económico, no puede dejar de constatar, como lo hace Córdova, la similitud que existe en tácticas y propósitos —e incluso en resultados—, entre el régimen porfiriano y lo que el autor llama una original combinación de dictadura y representación democrática que es el nuevo régimen que surge de la Revolución. Pero, por supuesto, que sean semejantes no significa que sean idénticos. La amplia participación de las masas en el movimiento armado conlleva un cierto compromiso que los sucesivos gobiernos no se han apresurado en cumplir; antes al contrario, lo han utilizado como medio de control de esas masas. De aquí, el lógico camino que se sigue en el libro es la discusión sobre el carácter del movimiento armado de 1910, esto es, si se trató de una revolución social o sólo de una revolución política. Descartando todas las otras denominaciones que, más o menos oficialmente, se le han dado, y analizando sus resultados, llega a la conclusión de que se trata más bien de una forma inédita de revolución política a la que califica de populista, invento de las clases medias mexicanas que trataron —y lo lograron— de evitar que la participación popular la transformara en una revolución social. El régimen que emerge es, pues, un régimen clasista "que promueve de un modo específico los intereses de una clase, la clase capitalista", beneficiando por igual al capital nacional y al extranjero, dado que ningún gobierno ha sido capaz de romper la dependencia con respecto a Norteamérica.

Creemos, en resumen, que Arnaldo Córdova nos ha proporcionado un ensayo que con frecuencia va más allá del planteamiento de una hipótesis de trabajo —como él asegura— y constituye ya una primera explicación del fenómeno del poder en México.

Jorge Basurto